



Capítulo 3

Nuestra comunidad, rostros en el corazón de La Católica

Huellas

que perduran

Es común escuchar que las personas van y vienen, pero que las instituciones perduran. Sin embargo, en la Universidad Católica de Pereira, esta máxima no es del todo cierta. La historia de La Católica está marcada por el esfuerzo de cada persona que ha pasado por sus pasillos, dejando algo de sí misma en cada aula, en cada proyecto, en cada jornada. Aquí, cada nombre y cada rostro han sumado para hacer de esta Universidad lo que es hoy.

En este capítulo, a través de las experiencias de algunos integrantes de la comunidad, se destaca el trabajo de los muchos que, con entrega y corazón, ayudaron a construir la historia de La Católica. Cada paso, cada logro, tiene algo de la esencia y de los sueños de los que están y de los que han estado, porque, aunque algunos tuvieron que partir, dejaron lo mejor de ellos mismos. ¡Y eso no se olvida!

*Monseñor
Francisco Nel
Jiménez Gómez
rector entre
1979 y 1995*



El hombre de la visión institucional

Hablar de Monseñor Francisco Nel Jiménez Gómez, o ‘Pacho’ Nel, como cariñosamente lo llamaban muchos, es adentrarse en la historia viva de la Universidad Católica de Pereira. Su recuerdo es sinónimo de espiritualidad, humanismo y capacidad de liderazgo transformador.

Era un hombre con una fortaleza espiritual inquebrantable y un profundo sentido pastoral, convencido de que el mensaje de Jesús no se quedaba en las palabras, sino que debía encarnarse en el servicio. Para él, reconocer la dignidad del otro no era un ejercicio de contemplación ni de alabanza, era una llamada constante a construir comunidad. Ser mejor era, más que acumular conocimientos o habilidades, forjarse con propósito.

En los pasillos de la Universidad, Monseñor Francisco Nel se movía con una mirada atenta, casi intuitiva, para detectar en los estudiantes virtudes, necesidades o defectos. Era cercano y genuino en su interés, siempre dispuesto a dar una palabra de aliento o una recomendación precisa. Pero su apoyo iba más allá de lo emocional. Decenas de jóvenes lograron

matricularse gracias a su gestión de ayudas significativas. Eso sí, el trato era claro: a cambio, se esperaba compromiso, tanto académico como humano.

Para muchos, ‘Pacho’ Nel fue más que un rector, fue un confidente, un amigo al que se acudía en busca de consejo. Sin embargo, esta cercanía no disminuía su firmeza. En su liderazgo combinaba una implacable exigencia con una cálida humanidad. Jaime Montoya Ferrer, ex director de investigaciones y ex vicerrector académico, recuerda una de sus prácticas más particulares: “cuando se trataba de asuntos institucionales, las reuniones eran formales, casi solemnes, en su oficina o en la sala de reuniones. Pero si el tema era personal, solía dar la vuelta por el pequeño patio interno de la Universidad, en la antigua sede de La Cuarta, con la persona, caminando y conversando. Esos paseos se volvieron célebres, quedaron anécdotas que aún se cuentan”.

En cada discurso de grado, por ejemplo, Monseñor Francisco Nel reflejaba los valores de la filosofía institucional. Su mensaje era claro: más allá de las habilidades técnicas y profesionales, los graduados de La Católica debían ser, ante todo, excelentes seres humanos. Él creía firmemente que el verdadero éxito no residía únicamente en el ámbito laboral, sino en la calidad de las relaciones, en el impacto positivo en la familia, los amigos y la comunidad.

Para él, cada encuentro entre docente y alumno era una oportunidad formativa, en una relación no de autoridad, sino de

iguales que comparten sus diferencias, logros y atributos.

Durante su rectoría, entre 1979 y 1995, se consolidaron cambios que sentaron las bases de una educación integral y de calidad. Impulsó la contratación de profesores de tiempo completo, entendiendo que la docencia debía abrazar una verdadera perspectiva pedagógica.

Bajo su liderazgo surgieron proyectos que hoy son parte esencial del ADN de la Universidad: las Academias, espacios de diálogo y aprendizaje interdisciplinario; las prácticas empresariales, que conectaron a los estudiantes con el mundo laboral; Proyecto de Vida, concebido como una estrategia para que cada estudiante trazara su camino personal y profesional con propósito; las reformas curriculares, que fortalecieron las áreas de humanidades e historia; así como intercambios con instituciones como Eafit, la Universidad de Antioquia y la Universidad de Medellín, que permitieron traer a destacados profesores para orientar seminarios y compartir experiencias pedagógicas.

Monseñor Francisco Nel jugó un papel fundamental en el moldeamiento de la institución. Gran parte de lo que hoy se hace, tiene su origen en las profundas reflexiones sobre educación y sociedad que sólo un hombre comprometido y capaz como el Padre ‘Pacho’ Nel quería y podía hacer. Por eso es que su nombre es una especie de *leitmotiv* que aparece en todos los capítulos de la historia de la Universidad.

**Padre
Álvaro Eduardo
Betancur Jiménez**
rector 1996-2003 y
2012-2015



Entre jornadas infinitas y sueños colectivos

La rectoría del Padre Álvaro Eduardo Betancur Jiménez se extiende entre dos momentos claves: 1996-2003 y 2012-2015. Su primer período marcó la consolidación de un proyecto universitario, en el que el nuevo hogar de la institución representaba una transformación profunda en su visión. Su segunda etapa, aunque más breve, fue una respuesta a un llamado urgente. Fuerzas vivas de la Universidad pidieron su regreso para guiar nuevamente a la institución en un momento coyuntural, reafirmando la trascendencia de su liderazgo.

El legado del Padre Álvaro va mucho más allá de lo académico o lo institucional. Se le recuerda, sobre todo, como un ser humano extraordinario, cuya huella permanece imborrable en quienes compartieron su camino: estudiantes, docentes, administrativos. Uno de ellos es Fabián Morales, quien estuvo al frente de Proyecto de Vida y del Departamento de Humanidades.

Rectores

Fabián lo evoca como alguien incansable. “El Padre dormía poco y las jornadas de trabajo con él solían ser interminables. Muchas veces nos daban las 11 de la noche y me decía: ‘Trabajemos otra horita más’”. En aquellas largas noches, dos preocupaciones parecían guiar su pensamiento: la excelencia académica y la formación integral del ser humano.

Fue precisamente en su rectoría donde la Universidad se consolidó como un proyecto transformador, un lugar donde se cambiaban vidas. El Padre Álvaro tenía una profunda conciencia social. El nombre que llevaba la institución en esa época, Universidad Católica Popular del Risaralda, no era una simple etiqueta. Para él, la palabra ‘popular’ era una brújula. “Se trataba de abrir puertas, de crear condiciones para que las clases menos favorecidas accedieran a la educación superior”, recuerda Fabián. Pero no se quedaba sólo en el acceso: formaba a los estudiantes con la convicción de que tenían un deber hacia la sociedad, un compromiso de retribuir con su servicio profesional el privilegio de haber estudiado.

En este sentido, su filosofía del impacto mutuo —de la Universidad en los estudiantes y de los graduados en la sociedad— fortaleció las bases de la identidad institucional que perdura hasta hoy, y que se ve reflejada, por ejemplo, en este libro. Bajo su liderazgo, se estructuró una serie de cátedras diseñadas para reflejar el espíritu de una Universidad comprometida con el desarrollo integral.

Su preocupación por el bienestar de la comunidad universitaria se percibía en gestos grandes y pequeños. Creó reconocimientos oficiales para exaltar la labor de docentes y administrativos, pero también tenía detalles más íntimos, más humanos. La docente Ángela Cadavid, de la Licenciatura en Educación Religiosa, recuerda con cariño: “Una vez, cuando una trabajadora del área de servicios generales obtuvo su grado de bachiller, él le regaló una ancheta. Era su forma de celebrar nuestros logros y de manifestar su afecto”.

Otros, por su parte, recuerdan la invitación a cenar que realizaba el Padre Álvaro para todos los profes nuevos que, semestre tras semestre, se integraban a la creciente familia de La Católica.

Bajo su liderazgo, la Universidad se convirtió en un lugar donde las personas podían construir su proyecto de vida. El Padre Álvaro soñaba con una academia que inspirara a perseguir utopías, a abrir nuevos horizontes. Y pocos, como él, pueden tener la certeza y la satisfacción de ver sus sueños cumplidos.

*Padre Gustavo
León Valencia
Franco, rector
2004-2007*



Un llamado inesperado

Para el Padre Gustavo Valencia Franco, la noticia de su nominación como Rector de la Universidad Católica de Pereira, en el 2004, llegó como un golpe inesperado, de esos que sacuden, pero llenan de gratitud. Liderar una institución dedicada a cultivar el conocimiento y forjar nuevas generaciones había sido un sueño lejano, de esos que se mantienen en un rincón del corazón. “Para mí fue algo sorpresivo que el Señor Obispo de esa época, Monseñor Tulio Duque, me hubiera nominado para estar en la terna, porque, como ustedes saben, hay un nombramiento con una terna y, de esta, el Consejo Superior es el que hace la designación”, recuerda, todavía con algo de asombro.

Su relación con la Universidad ya tenía raíces. Como parte de un convenio entre la UCP y la UPB, había cursado una Especialización en Teología en la institución. A esto se sumaba una sólida formación en la Universidad Pontificia Bolivariana de Medellín, donde cimentó su conocimiento en Teología y Filosofía, además de las vivencias enriquecedoras que tuvo en Francia y Bélgica, donde se especializó en Teología Pastoral.

Pero su camino hasta la Rectoría no fue sólo académico. Como sacerdote, el Padre Gustavo Valencia había cultivado habilidades de liderazgo y gestión que hoy recuerdan con admiración quienes compartieron con él esos años. Su tiempo como rector del Colegio Estrada, en Marsella, y como profesor y capellán del Colegio Cristo Rey de Dosquebradas lo prepararon para asumir retos mayores. “El tema educativo para mí no era tan ajeno. Lo tenía como una de las posibilidades de vida, luego de que yo saliera de la catedral”, relata.

Cuando asumió la Rectoría, el Padre Gustavo se encontró con una comunidad universitaria que ya era un motor bien sincronizado: docentes apasionados, investigadores con metas claras y estudiantes con hambre de aprender. Esa base sólida le permitió encontrar su lugar rápidamente. “Es una experiencia para mí, pues, muy bonita, muy interesante, y yo me sentía, digamos, en mi salsa, porque no había sido profesor universitario, pero me encontré en un ambiente muy especial”, confiesa con una sonrisa.

El empalme fue armónico. No se trataba de construir desde cero, sino de continuar un legado: “yo no venía a una Universidad simplemente a hacerla o a empezar a construirla, sino a continuar algo que ya se venía realizando, que se estaba haciendo”. La misión, la visión y los valores institucionales eran cimientos firmes que guiaban cada paso.

Uno de sus mayores logros como Rector fue un aprendizaje que adquirió en el día a día como párroco: “entender el poder de escuchar, de abrir espacios donde las voces sean atendidas”. Esta habilidad la trasladó a su gestión universitaria, promoviendo el diálogo y la colaboración.

Durante su rectorado, cada miembro de la comunidad universitaria encontró un lugar donde sentirse valorado, donde sus ideas y necesidades fueran atendidas con respeto, con la jovialidad característica del recordado Padre Gustavo.

*Monseñor
Rubén Darío
Jaramillo
Montoya,
rector 2007-2010*



Liderar para servir

En 1995, en las empinadas calles de la comuna Villasantana, en Pereira, comenzó la trayectoria de un joven sacerdote: Rubén Darío Jaramillo Montoya. Allí, entre pandillas y grupos al margen de la ley, descubrió que el servicio más que un discurso es una forma de estar en el mundo. Esa primera misión lo marcó profundamente. Después de Villasantana, dedicó una década a la Pastoral Social, donde el trabajo con desplazados, habitantes de calle y desmovilizados se convirtió en su bandera. Sintió muy de cerca el dolor humano en el día a día, como en el terremoto del 99, en el que fue voluntario en la atención a las víctimas. En medio de estas experiencias, quedó trazada la ruta de su vida: servir con el corazón y desde el alma.

En 2007, su destino dio un giro inesperado. Su nombramiento como Rector de la Universidad Católica de Pereira llegó como una sorpresa; estaba inmerso en su labor social, pero el Consejo Superior vio en él la figura ideal para liderar la institución. Asumió el reto con una mezcla de curiosidad y responsabilidad, consciente de que el servicio educativo era una extensión de su misión. No le era ajena la Universidad: en el pasado había

hecho prácticas docentes. “Asumir las riendas de la Rectoría me permitió acercarme a un mundo gigante y trascendental: el servicio educativo”, recuerda.

De su paso por la Rectoría, resalta el equipo humano que lo acompañó, personas que daban vida a la institución. Para él, los logros no se construyen en solitario. Entre los hitos que menciona con orgullo está la creación del bloque Dabar, cuyo nombre, elegido por él mismo, proviene del hebreo. Además, bajo su liderazgo, programas como Administración de Empresas obtuvieron la acreditación de alta calidad, un sello que marcó un antes y un después en la historia de la Universidad.

Para Monseñor Rubén Darío, la Universidad Católica de Pereira se distingue por un sello inquebrantable: el servicio. Ese espíritu que guía a cada miembro de la comunidad es una práctica cotidiana. “La Universidad se ha distinguido por el deseo de servir, especialmente a aquellos que no han tenido oportunidades, tanto al interior como al exterior de la comunidad educativa”, enfatiza.

El crecimiento de la Universidad ha sido otro motivo de gratificación. Recuerda con nostalgia aquellos años en los que sólo se ofrecían programas de pregrado. Ahora, al ver maestrías y doctorados floreciendo en el campus, no puede evitar sentir orgullo por lo que se ha construido. Pero su visión va más allá del presente: imagina una institución que siga expandiendo su horizonte, fortaleciendo su servicio y abrazando la virtualidad como un camino natural hacia el futuro.

El campus, con sus espacios verdes, tiene un lugar especial en su memoria. Entre todos, hay uno que considera el corazón palpitante: la biblioteca. Desde allí, dice, se desprenden los sueños y el conocimiento que sostienen a la Universidad, en armonía con el río, los árboles y los animales que enriquecen ese entorno privilegiado.

En esta celebración por los 50 años, Monseñor Rubén Darío Jaramillo mira hacia el futuro con esperanza. Entre los retos que vislumbra, está el de abrir nuevamente una sede en el centro de la ciudad, un lugar que permita a la Universidad extender su influencia y compartir sus logros con la sociedad. “La Universidad debe salir a otros espacios, abrir sus tentáculos y compartir todo lo que allí sucede con el resto de la sociedad, incluso del país”, señala con convicción.

Con la mirada de un obispo desde Buenaventura, sueña con una institución que siga siendo ejemplo de servicio, que abrace nuevos espacios y que, en cada paso, lleve consigo el legado de quienes la han construido. Porque, al final, para él, todo se resume en una misión sencilla pero poderosa: servir, siempre servir.



*Padre Darío
Valencia Uribe,
Q.E.P.D.
rector 2010-2012*

Un cambio de nombre, una nueva historia

La rectoría del Padre Darío Valencia Uribe (2010-2012) estuvo marcada por un desafío crucial: asegurar la sostenibilidad de la Universidad para el futuro. A mediados de la primera década del siglo XXI comenzó a sentirse con fuerza el impacto de depender casi exclusivamente de las matrículas como principal fuente de financiación.

Rectores

Paradójicamente, mientras la institución crecía y demandaba mayores recursos operativos, también se hacía evidente la necesidad de redefinir su imagen. Este escenario, que comenzaba a teñirse de incertidumbre, coincidía con un propósito más ambicioso: proyectar a la Universidad como una institución moderna, con alcance nacional e internacional.

Fue precisamente en ese contexto cuando se tomó una decisión que, en su momento, despertó cierta polémica: la transformación del nombre. La Universidad Católica Popular del Risaralda pasó a llamarse Universidad Católica de Pereira. “El cambio de nombre le dio a la Universidad una imagen diferente, pues no se proyectaba sólo en la región, sino también hacia el país y el mundo”, recuerda Yésica Marcela Roldán Vélez, quien fue practicante en la Secretaría General durante esa rectoría y hoy es auxiliar administrativa.

En lo académico, el Padre Darío continuó el camino trazado por su antecesor, el Padre Álvaro Betancur, fortaleciendo las bases ya sembradas. “El Padre siempre hacía presencia activa en los comités, por lo que lo sentíamos muy presente en la cotidianidad académica” comenta Ángela Cadavid, docente de la Licenciatura en Educación Religiosa. Su acompañamiento fue fundamental para consolidar la propuesta académica de la institución en medio de un proceso de transformación. Por su parte, Yésica destaca otra de sus facetas: “Era una persona estricta, que mantenía un seguimiento constante al personal, siempre atento al cumplimiento de los objetivos de la Universidad”.

Sin embargo, más allá de su rigor, había un lado profundamente humano que quienes lo conocieron no olvidan. Jorge de Jesús Colorado, auxiliar administrativo, evoca con gratitud una anécdota que lo marcó. En aquella época, Jorge trabajaba en Servicios Generales y, junto con sus compañeros, recibió una invitación especial al Seminario Mayor de Pereira. “Ese día nos organizó un asado. Para nuestra sorpresa, no fueron ni docentes ni administrativos, sólo nosotros. También recuerdo que cantamos en un karaoke, mientras él tocaba la guitarra”, rememora con una sonrisa. Para Jorge, este gesto resume la sencillez y cercanía del Padre Darío, un hombre que lograba conectar con todos los que lo rodeaban, sin importar su cargo.

Esa combinación de jovialidad y empatía, junto a una firmeza serena, le permitió al Padre Darío enfrentar con valentía los retos de su tiempo. En un periodo de profundas incertidumbres, su liderazgo delineó una nueva narrativa para la Universidad: una institución que, al igual que él, sabía encontrar equilibrio entre el rigor y la calidez humana.

*Padre Diego
Arcila Vélez,
rector 2015-2017*



Ciencia y fe

El Padre Diego Augusto Arcila Vélez es otra figura emblemática en la historia de la Universidad Católica de Pereira. Testigo y protagonista de su evolución desde sus primeras etapas, su voz hoy suena con una emoción que caracteriza a quien ha vivido cada paso de este gran proyecto.

“Todo empezó en la sede de la carrera Cuarta. Allí comencé como profesor y dirigí algunos talleres. Luego nos tocó el traslado a la Avenida Sur, donde no existía absolutamente nada: ni esta avenida, ni los centros comerciales, ni los sitios habitacionales que hay ahora. Comenzamos a construir, literalmente, nuestra Universidad”, describe con palabras cargadas de nostalgia y satisfacción.

El compromiso del Padre Diego con la institución no se limitó a lo físico. Su participación en la construcción del campus fue sólo el inicio de un trabajo más profundo: la definición de los valores y

principios que guiarían a la Universidad. No se trataba sólo de paredes y techos, se trataba de sembrar ideales sólidos. “Junto con el Padre Álvaro, Fabián Morales y el Padre Marco Antonio (Guerrero), teníamos sesiones larguísimas, hasta las 11 o 12 de la noche, rayando ideas sobre la filosofía del Proyecto de Vida. Soy orgullosamente uno de esos aportantes, uno de los padres de Proyecto de Vida. Es aquello que nos hace sentir tan orgullosos, porque es el elemento diferenciador de la Universidad”, rememora.

Esta apuesta por formar profesionales íntegros y comprometidos con la sociedad ha dejado una huella imborrable en la filosofía institucional. Pero la contribución del Padre Diego no se quedó ahí. Su trayectoria lo llevó a ocupar roles clave, desde docente hasta rector.

Durante su rectoría, que comenzó en el 2015, la Universidad Católica de Pereira se consolidó como un referente regional, destacándose por su enfoque en la formación integral de los estudiantes, la promoción de la investigación y la proyección social. Sin embargo, uno de los mayores hitos de su gestión fue la internacionalización. Él mismo lo explica con entusiasmo: “Hicimos posible no sólo crecer en lo físico, sino abrir la Universidad al mundo. Abrimos maestrías y concretamos convenios internacionales en Italia y Francia, además de los nacionales que ya existían. Esa apertura al exterior, que fue central en mi gestión, es algo de lo que me siento muy orgulloso, porque hoy seguimos avanzando en esa dirección”.

Más allá de su papel como gestor, el Padre Diego es reconocido por su profunda fe católica y su compromiso con los valores humanistas, así como por ser un defensor del diálogo entre la ciencia y la fe, integrando ambas dimensiones en el desarrollo académico.

Hoy, cuando el Padre Diego contempla la Universidad Católica de Pereira, lo hace con una mezcla de nostalgia y orgullo silencioso, con una mirada serena. Quizás, en los pasillos de esa institución que ayudó a construir, escucha una voz que le susurra al oído, recordándole que frente a sus ojos está gran parte de su vida.

*Jhon Fredy
Franco Delgado,
rector 2017 – 2019*



Tradición e innovación para una universidad contemporánea

La historia de Jhon Fredy Franco Delgado con la Universidad Católica de Pereira es un relato de transformación y fe. “Siendo seminarista, el Padre Álvaro Betancur Jiménez, exrector también, me invitaba a acompañar algunos procesos en la Pastoral Universitaria, a dictar talleres de desarrollo humano, aún no me había ordenado sacerdote. Yo estuve 23 años en el ejercicio sacerdotal, ahora no lo estoy, pero sigo firme en mi fe, en mi amor a Dios y a esta alma máter, a esta casa”, expresa con un orgullo que no puede ocultar.

Tras ese primer acercamiento, el vínculo entre Jhon Fredy y la Universidad no tardó en fortalecerse. Realizó un diplomado en Elaboración y Evaluación de Proyectos Investigativos, para después, como catedrático, transmitir

por años sus conocimientos a las nuevas generaciones y a participar en los procesos de gestión académica: “durante cinco años fui docente catedrático en la Universidad y, después, tuve la oportunidad de ser miembro del Consejo Superior”, relata.

La noticia de su elección para ser rector de La Católica, en el 2017, cuando se desempeñaba como ecónomo de la Diócesis de Pereira, la tomó como un encargo preciado. Entre sus logros más destacados se puede contar la obtención del registro calificado para el doctorado en Educación en Desarrollo Humano, un proyecto que consolidó a la Universidad Católica de Pereira como un referente en investigación de alto nivel. “Ese primer doctorado de la Universidad se gestó en mi tiempo, pero fue fruto del esfuerzo de muchos, un trabajo colectivo que siempre será digno de resaltar”, señala.

La virtualidad también ocupó un lugar central en su gestión. Franco apostó por darle un papel protagónico y lideró la creación de la primera maestría en Innovación Educativa totalmente virtual. Así como “ese programa tan lindo, que se sostiene en Diseño Audiovisual, que fue un trabajo desde cero, soñado, vislumbrado, proyectado”, comenta con entusiasmo. Aunque al inicio enfrentó ciertas resistencias, el tiempo demostró que la Universidad podía adaptarse a los cambios del entorno y ofrecer programas educativos pertinentes y flexibles.

Durante su rectorado también impulsó diversas maestrías en convenio con instituciones prestigiosas, como la Universidad de Salerno en Italia y la Bolsa de Valores de Colombia, ampliando las oportunidades de formación de alta calidad para los estudiantes.

Al entonces Padre Jhon Fredy se le recuerda, además, por la modernización de los espacios físicos, ofreciendo un campus más agradable para el disfrute de la comunidad universitaria, en consonancia con aquella propuesta de un ‘campus que conecta’.

Con un enfoque que combinó tradición con innovación, Jhon Fredy siempre fue enfático en la necesidad de soñar en grande y perseguir metas ambiciosas.

“Yo pienso que, como dice la carta del apóstol San Pablo a los Romanos en el capítulo ocho, todo lo dispone Dios para el bien de los que lo aman”, expresa en una frase que resume, en esencia, la fe que rige los destinos de su vida.

*Padre Behitman
Alberto Céspedes
De los Ríos, rector
2019 – actualmente*



Corazón y calidad, el secreto del éxito

Behitman Alberto Céspedes De los Ríos tiene una serenidad que no pasa desapercibida, una calma que inspira respeto pero que, al mismo tiempo, deja ver la firmeza de quien sabe exactamente hacia dónde va. Habla con un tono pausado, casi como si cada palabra estuviera cuidadosamente seleccionada para no decir más ni menos de lo necesario.

Nacido en 1962, en Riosucio (Caldas), su vida comenzó en una tierra donde la fe y la tradición tienen raíces profundas, y desde entonces su destino parecía escrito en el lenguaje del servicio y la fraternidad. Creció en un hogar de diez hijos, en donde fue moldeado por los valores cristianos y comunitarios. Desde muy temprana edad el llamado al sacerdocio comenzó a susurrarle con insistencia.

Rectores

Su camino lo llevó, en 1981, al Seminario Mayor María Inmaculada en Dosquebradas (Risaralda). Allí, durante siete años de formación en Filosofía y Teología cultivó su intelecto y empatía. El 22 de noviembre de 1987 recibió la ordenación sacerdotal. Pero El padre Behitman nunca se conformó con ser sólo un hombre de fe, también quiso ser un hombre de saber. Su travesía académica lo llevó a obtener una Licenciatura en Educación Religiosa en la Universidad Católica de Pereira, una especialización en Educación en Derechos Humanos en la Universidad Santo Tomás, en Armenia, y, más adelante, a cruzar el Océano Atlántico para profundizar en las Sagradas Escrituras en la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma. Coronó este recorrido con un doctorado en Teología en la Universidad Pontificia Bolivariana de Medellín.

Cuando asumió la Rectoría de la Universidad Católica de Pereira, en diciembre de 2019, ya traía consigo una visión clara de lo que significaba liderar. Desde entonces, su gestión no ha sido sólo técnica, sino también profundamente humana. Ha modernizado la infraestructura, impulsado programas académicos innovadores, fortalecido la internacionalización de la institución y velado con denuedo por la calidad de las personas y de todos los procesos.

“El Padre Behitman ha logrado posicionar un saludo que condensa gran parte de su apuesta de Universidad. Cuando dice que ‘Aquí en la Universidad Católica de Pereira nos saludamos de corazón’, más que una bienvenida, hace un recordatorio de que el conocimiento, por sí solo, no trasciende, que debe estar mezclado con empatía y humanismo para que tenga un efecto transformador”, expresa el docente Jhon Mario Zuluaga Morales, quien fuera director del programa de Comunicación Social-Periodismo por seis años.

En 2023, el Consejo Superior, en una decisión unánime, le pidió permanecer un periodo más al frente de la Universidad; un reconocimiento a su capacidad de liderar con un equilibrio entre el rigor y la calidez. Para el Padre Behitman, la educación, más que un proceso académico, es el motor que realmente cambia a la sociedad.

Con el timón en sus manos, el padre Behitman conduce la Universidad Católica de Pereira hacia la acreditación institucional, apostándole decididamente a la calidad, la transformación digital, la implementación de la Inteligencia artificial y al multilingüismo, a la luz del humanismo cristiano.

Hoy, el Padre Behitman Alberto Céspedes De los Ríos es un vigía atento, alguien que observa el horizonte con la sabiduría de quien sabe que el cambio es inevitable y necesario, pero que no le deberemos temer, sino saberlo gestionar. Su liderazgo no es estático, sino dinámico; en su mirada serena y fraterna, siempre hay un destello de futuro.



*Firma de la resolución
del segundo periodo
como Rector*



De izq. a der: Exrectores Álvaro Eduardo Betancur Jiménez, Darío Valencia Uribe, Gran Canciller Monseñor Rigoberto Corredor Bermúdez, exrectores Gustavo León Valencia Franco, Monseñor Rubén Darío Jaramillo Montoya y Monseñor Francisco Nel Jiménez Gómez.

**Doctor Bernardo
Gil Jaramillo**



Tierra firme para un sueño

El doctor Bernardo Gil Jaramillo es una figura imprescindible en la historia de la Universidad Católica de Pereira. Su vínculo con la institución se remonta a 1974, cuando junto a Ricardo Tribín Acosta y de algunos empresarios y profesionales visionarios, fundaron la Corporación para el Desarrollo Económico y Social de Risaralda, Copesa, una organización que nació con el propósito de impulsar el progreso del departamento en diversos frentes, especialmente en la educación. Y sobre esa corporación se cimentó el sueño universitario.

Bernardo Gil destaca el papel crucial de las relaciones establecidas con la Diócesis de Pereira, promoviendo alianzas con figuras como Monseñor Darío Castrillón, el Padre Francisco Nel Jiménez Gómez y el Padre Francisco Arias Salazar. Estas conexiones, combinadas con la creciente necesidad de educación superior entre las personas de la región, dieron forma a un proyecto que parecía, en un inicio, imposible. La Diócesis, en sintonía con los ideales de Copesa, decidió acoger a un grupo de jóvenes que buscaban un futuro diferente.

Así, Bernardo fue testigo y protagonista de los hitos que marcaron los primeros pasos de La Católica. Momentos que significaron avance, aunque no sin desafíos.

Fundador

Uno de los primeros retos fue la ausencia de un espacio físico propio. ‘Recién fundada la Universidad, operábamos en horario nocturno en las instalaciones del Colegio Oficial Femenino, donde hoy está el Hotel Movich. La administración municipal de Pereira, nos cedió ese espacio para empezar las clases’, recuerda.

Los cimientos del sueño tambalearon cuando el Icfes ordenó el cierre de la Universidad por incumplir con unos requisitos. Fue un golpe que puso al proyecto al borde de la desaparición, un obstáculo que exigió una voluntad férrea y una estrategia audaz para darle la vuelta a la situación.

Otro capítulo crucial de su aporte fue la adquisición de las tierras donde hoy está el campus. Su experiencia en la planeación y financiación de proyectos de ciudad lo convirtieron en la carta ganadora para esta misión. A principios de los años 80, lideró, desde su firma de consultoría, un estudio exhaustivo sobre la disponibilidad de tierras en Pereira. En la Administración del alcalde de la época Doctor Juan Guillermo Ángel Mejía, se adelantó el proceso de dotar a la ciudad de un Banco de Tierras que permitiera atender la demanda efectiva de vivienda de la ciudad.

Sin embargo, fue durante su gestión como presidente de la Corporación y en su gestión pública en distintos frentes de la administración departamental que se presentó la oportunidad que cambiaría la historia de la Universidad. Junto a Monseñor Francisco Nel Jiménez, de Dufay Alberto Gómez y de los miembros del Consejo Superior, Bernardo lideró las negociaciones con el Municipio para adquirir una franja de terreno a un precio razonable. ‘Los precios eran exorbitantes, no teníamos capacidad para comprar esas tierras. Pero logramos un acuerdo y concretamos una negociación que fue muy positiva para la Universidad’ acorde con su misión y objeto social, recuerda.

Gracias a su perseverancia y liderazgo, ese pedazo de tierra se convirtió en el hogar de una institución que seguía escribiendo su historia. Cada paso, cada negociación, fue una batalla ganada en un proyecto que demandaba esfuerzo constante.

El doctor Bernardo Gil Jaramillo es, sin duda, uno de los grandes pioneros de la Universidad Católica de Pereira. Su gran aporte, más allá de terrenos e hitos, es su visión de futuro. Hoy, cuando se le ve en el campus de La Católica, camina y sonríe a la par con la tranquilidad y orgullo de aquel que sabe que puso más que un grano de arena en la construcción de un sueño de ciudad, avalado por su desempeño como Docente, Directivo, Planificador y Miembro del Consejo Superior.

Consejo Superior



De izq a der. Julián Cárdenas Correa, representante del sector empresarial; Paola Murillo Gaviria, Secretaria General; Pbro. Behitman Alberto Céspedes De los Ríos, Rector; Monseñor Rigoberto Corredor Bermúdez, Obispo de la Diócesis de Pereira y Gran Canciller de la Universidad; Bernardo Gil Jaramillo, representante de Copesa, Yaffa Nahir Ivette Gómez Barrera, representante de los docentes; Pbro. Jhon Edwin Arias Alzate, representante de la Diócesis; Pbro. Julián Alberto Cárdenas Corrales, representante de la Diócesis.

De igual forma hacen parte del Consejo Superior Ana María Cuartas Saldarriaga, representante de la Diócesis; Juan Carlos Muñoz Montaña, representante de los docentes y los representantes de los estudiantes Mariana Duque Gil y Santiago López Toro.



Consejo Superior sesionando



Servicios Generales

Servicio con alma, *la historia del gigante 'Manolito'*



*Manuel Benito
Melchor Montoya,
'Manolito'*

Al ingresar al campus de la Universidad Católica de Pereira es muy factible encontrarse con la cálida sonrisa y el atento saludo de Manuel Benito Melchor Montoya, o ‘Manolito’, como es conocido tras 20 años de ir y venir en La Católica.

Su carácter afable y su disposición le han hecho merecedor de estar en la parte más alta de la lista de personajes entrañables de la U.

Cuando ‘Manolito’ llegó, hace dos décadas, lo hizo con la intención de cubrir unas vacaciones como vigilante. Era un trabajo temporal, un reemplazo que le daría un respiro económico. Pero en el fondo, la vida le había reservado un espacio permanente dentro de La Católica. “Llegué a cubrir un hueco -risas-, pero encontré un lugar que llenó el mío”, bromea Manuel, recordando esos primeros días con una nostalgia que se sale de sus ojos.

Nació el 10 de octubre de 1963, en Chinchiná (Caldas), un lugar que, según él, le ayudó a ser un hombre de carácter y a demostrar el sentido de pertenencia de quienes trabajan la tierra con sus propias manos. Desde joven, Manuel aprendió el valor del trabajo duro y la importancia de hacer las cosas bien.

La Universidad no tardó en convertirse en su hogar. La cercanía con la comunidad, la calidez de las personas y el respeto mutuo cultivaron una relación más allá de lo laboral. Hoy, ‘Manolito’ no sólo cuida los espacios físicos, sino también el bienestar de quienes transitan o conviven en dichos espacios.

Su historia dentro de la Universidad está escrita con las caras y voces de aquellos rectores que ha visto pasar. Desde el Padre Gustavo Valencia hasta el actual Padre Rector Behitman, cada uno de ellos ha dejado una huella en Manuel, quien habla de ellos con la misma cercanía con la que uno recuerda a viejos amigos. “He aprendido algo de cada uno”, asegura, subrayando el respeto y la admiración que siente por ellos.

En su rol actual dentro del equipo de Servicios Generales, ‘Manolito’ se ha convertido en una figura indispensable. Su labor no sólo tiene que ver con la limpieza, él se asegura de que cada detalle esté en su lugar, de que cada evento tenga el toque especial que hace sentir a todos bienvenidos. “Si puedo hacerle el día más fácil a alguien, ya es un buen día para mí”, comenta.

A pesar de sus problemas de salud, Manuel continúa trabajando con la misma pasión de siempre. Las hernias discales que le afectan no han mermado su espíritu, y la Universidad lo ha apoyado, ajustando sus responsabilidades para que pueda seguir siendo parte activa de la comunidad. “La Universidad ha sido muy buena conmigo, me ha cuidado”, dice con gratitud.

Cada mañana, mucho antes de que el sol se asome completamente, Manuel llega a La Católica. Su jornada empieza oficialmente a las seis, pero a las cinco ya está con los guantes puestos, “llegar temprano es mi momento de paz, es mi ritual”. Se siente feliz con el ambiente laboral, con el compañerismo. Así mismo, al llegar la tarde, dice que no se quiere ir, no ve el afán de terminar el día.

El respeto y el cariño que recibe de los estudiantes es un reflejo de la persona que es. No importa si se lidia con el estrés de una entrega o se necesita ayuda para transportar una maqueta, ‘Manolito’ siempre está ahí con su carretilla, listo para dar una mano. “Los estudiantes son como mis hijos, me gusta verlos crecer y saber que, de alguna manera, he sido parte de su camino. Soy una persona que me presto mucho para darme al querer de la gente, me aprecian mucho por mi forma de ser, a mí nunca me ven de mal genio o contestándole mal a la gente, yo trato de servir en lo que más pueda”.

Para la comunidad universitaria, la Semana de Acción de Gracias es una de las festividades más esperadas; para ‘Manolito’, también: “a nosotros los de Servicios Generales nos toca hacer el sancocho. Aunque nos toca

trabajar más duro, uno disfruta mucho”, sentencia, no sin antes decir que a él y a sus compañeros les alegra el corazón cuando alumnos, graduados, administrativos y profesores dicen que “el sancocho quedó muy delicioso”, algo que apreciará en sus recuerdos cuando sea el momento de partir.

El camino de Manuel no ha sido sencillo. Criar a sus hijos con el fruto de su trabajo y asegurarles una buena educación son logros que menciona con un brillo en sus ojos: “la Universidad me ha dado mucho, y he podido darles un futuro mejor a mis hijos gracias a eso”, afirma, con la satisfacción de un padre que ha cumplido su deber.

Con la jubilación a la vuelta de la esquina, Manuel reflexiona sobre lo que el futuro le depara. “Voy a extrañar esto, la gente, el ambiente”, confiesa. Aunque la idea de no trabajar se siente extraña, comprende que es un paso necesario, uno que garantizará la estabilidad para él y su esposa. “Después de trabajar desde los 8 años, cuesta imaginarse sin hacerlo, pero estaremos bien”, explica.

Manuel se siente honrado de ser parte de esta celebración histórica de los 50 años de la Universidad. “Es un privilegio haber sido parte de la mitad de esta historia”, dice con humildad.

‘Manolito’, apodo que más que hablar de sus 160 centímetros de altura lo hace del cariño que en la U se le tiene, se prepara para cerrar este capítulo de su vida con el mismo entusiasmo y energía con los que comenzó.

Manuel Benito Melchor Montoya se lleva consigo no sólo el agradecimiento de una institución, sino también el cariño de una comunidad que lo considera parte de su familia. Al final del día, esa es su verdadera recompensa: haber transformado su lugar de trabajo en un hogar para todos los que cruzaron su camino, aunque lo hayan hecho mientras él trapeaba.



Docente

Doctor Mario,

¡misión cumplida!

Las paredes de la Universidad Católica de Pereira encierran historias de innumerables personajes, pero pocos tan memorables como Mario Alberto Gaviria Ríos. El doctor Mario, con su gesto de hombre serio y recio para, tal vez, esconder su tímida sonrisa, dejó una huella indeleble en la institución, en las aulas y en la vida de quienes tuvieron la fortuna de cruzar su camino, ese de más de 37 años.

El profesor Mario, que nació en Medellín en abril de 1962, nunca imaginó que la vida lo pondría a latir en pleno corazón del Eje Cafetero. La posibilidad de ser docente surgió casi por azar: una sugerencia de un profesor, tras finalizar su pregrado en la Universidad de Antioquia. Fue una propuesta que Mario aceptó con cierta curiosidad, una invitación a una entrevista con el Padre Francisco Nel Jiménez y Mariela Cardona, la decana de Economía Industrial en ese entonces.

En 1987, Mario encontró una Universidad pequeña, con solo dos programas: Economía Industrial y Administración de Empresas. Su primer día en la institución fue el 14 de enero, solitario, con la Universidad aún desierta antes del regreso de vacaciones de todos los funcionarios. Con una caja y un maletín en mano, cargado de libros y ropa, Mario fue recibido calurosamente por Alfonso, el vigilante, y por el cuerpo administrativo que, como él, buscaba consolidar su lugar en este proyecto educativo que apenas comenzaba a tomar forma.

Mario no solo llegó a enseñar, sino a construir. Formó parte de un grupo comprometido que veía en la UCP un terreno fértil para sembrar. Cada paso que daba en la Universidad era un paso hacia la concreción de sus propios sueños. Él, como muchos de la época, nunca podrá olvidar cuando se quitaba los zapatos para cruzar el río, en el nuevo lote donde hoy se erige la Universidad, para disfrutar del sancocho, un legado que estudiantes y colaboradores actuales continúan en Semana de Acción de Gracias, aunque ahora con los pies secos.

El ‘profe’ se destacó por su conexión profunda con el compromiso de la Universidad por la calidad académica, un legado iniciado por el Monseñor Francisco Nel. “Esta dedicación se ha mantenido como un pilar en cada una de las rectorías que presencié”, dice Mario, con la inalterabilidad que le caracteriza. Cuando Mario llegó sólo contaba con la formación del

pregrado. La U, como ha sido su estilo, creyó en su potencial y apoyó su formación con diplomados en docencia, una especialización en política económica, una maestría en ciencias económicas, y finalmente, un doctorado en estudios territoriales.

La historia de Mario está llena de anécdotas, pero no sólo académicas, porque a la Universidad se viene a estudiar, sí, pero también a construir la propia vida. “Me acuerdo una vez que el Padre ‘Pacho’ Nel decidió no impermeabilizar un tanque de agua que cruzaba el edificio Aletheia y que presentaba unas fisuras. El padre se subió al tanque, con una escalera, e ingresó al mismo para evaluar la situación. Finalmente, decidió que ese tanque no se iba a utilizar más, era el año 1994. Lo que nadie sabía en ese momento es que esta acción sería determinante, ya que al otro año se presentó un terremoto de 6,4 grados, creo, que pudo haber terminado en una tragedia, un episodio que podría haber cambiado el destino de la Universidad”.

Con los años, Mario contribuyó a la creación de nuevas ofertas académicas como los programas de Economía, Administración y la Licenciatura en Ciencias Religiosas. Su empeño fue clave para el desarrollo del programa de Diseño Industrial y otros como Arquitectura, Psicología y Comunicación Social-Periodismo. También, lideró la consolidación de programas de posgrado como la Especialización en Economía Pública y Gestión Territorial, la Maestría en Gestión de Proyectos y la Maestría en Gestión del Desarrollo Regional. Sus aportes siempre estuvieron presentes, como docente, como vicerrector académico, como director de la oficina de investigaciones.

Más allá de su contribución profesional, Mario Gaviria es un testimonio viviente de la filosofía humanista de La Católica. En sus propias palabras, reconoce que su relación con cada rector fue una oportunidad para aprender y crecer. Destaca, por ejemplo, la sabiduría del Padre Francisco Nel; la disciplina de trabajo y el compromiso del Padre Álvaro Eduardo Betancur, quien también le permitió entender lo que significa ser católico; del Padre Rubén Darío, su compromiso con la Universidad; del Padre Darío Valencia, su solidaridad y apoyo; del Padre Behitman, su fortaleza para recibir la Universidad en un momento tan conflictivo.

Para Mario, la docencia fue una pasión constante, un reto recurrente. El placer de ver el crecimiento y la maduración de sus estudiantes fue y es su mayor recompensa. No obstante, también enfrentó desafíos, como “adaptarse a los cambios culturales y tecnológicos que han transformado el ámbito educativo”.

Hoy, cuando en calidad de jubilado goza de un merecido descanso, Mario recuerda con afecto sus décadas en la institución. “Los años 90 fueron tiempos de expansión y crecimiento, los 2000 marcaron el inicio de una era de investigación, y la década de 2010 a 2020 representó una apuesta por la formación doctoral del profesorado”. En la década actual, en la cual es inevitable no hablar de su retiro, siente que prima el reto por la actual y popular decisión de muchos jóvenes de no estudiar, o de abandonar sus estudios.

“Extraño definitivamente el entorno humano de la Universidad, a mis compañeros, la familiaridad que se vive concretamente en la Facultad de Ciencias Económicas y Administrativas”. Los estudiantes, a pesar de las diferencias generacionales, seguirán siendo su alegría, “porque son parte fundamental de la Universidad. La interacción y el saludo con un estudiante es muy agradable para mí, es definitivamente muy motivante”, concluye el profesor.

Hoy, se agradece a sí mismo por haber dicho que sí a esa propuesta de llegar a Pereira a sumarse al sueño de construir la Universidad. Su nombre, figura y vida hacen parte de la historia dorada de la Universidad Católica de Pereira. Y hoy lo dice con orgullo, esta vez esbozando su característica sonrisa, como cuando hacía una pausa en las extensas jornadas de trabajo para tomarse un tinto en la Cafetería Roja, casi siempre con el profe Ariel, su amigo y compañero de tantas batallas.



Mil historias, *una gran universidad*

Estudiantes

Tan sólo basta con poner un pie en el parqueadero, antes de ingresar por los torniquetes de la Universidad Católica de Pereira, para ver, casi en un tiempo récord, la diversidad de sus estudiantes.

Algunos son altos, otros bajos; unos visten pantalones anchos, otros prefieren jeans ajustados, es un entorno vibrante donde cada quien expresa su autenticidad a su manera.

En medio del bullicio y del afán de las clases, algunos cuentan qué significa ser estudiante de La Católica y cómo ha sido su experiencia en este, su segundo hogar.

**Natalie
Jung
Benítez**



Natalie, la vida de una musulmana en La Católica

Natalie Jung Benítez es estudiante de Diseño industrial. Su identidad es una mezcla de culturas que la define de manera única. Musulmana, pero no árabe, Natalie es una orgullosa vallecaucana. Su vida se mueve al compás de su fe y sus estudios, encontrando un equilibrio entre ambas, mientras recorre los pasillos de la Universidad con una serenidad que no pasa desapercibida.

Caminar junto a Natalie es sentir cómo las miradas se dirigen hacia su figura, marcada por el hiyab, el velo que lleva con orgullo como parte de su fe islámica. En un entorno donde lo común es la diversidad, su presencia se destaca, no sólo por su atuendo, sino por la confianza que proyecta. Natalie ha encontrado en la Universidad un espacio donde la aceptación y la amistad han florecido, y ella misma ha cultivado lazos profundos con sus compañeros.

“Nunca me he sentido juzgada. Desde el primer día en que llegué a la U, me sentí muy cómoda, la mayoría de las personas me han acogido muy bien. Sin importar dónde esté, algo que llevaré conmigo siempre son las amigas que he hecho, son seres maravillosos, que me han brindado su amistad y ayuda, ya que no sólo soy musulmana, sino también foránea”.

Sofía, pedaleando entre libros

Sofía Cadavid es una deportista élite en BMX y una estudiante de Comunicación Social - Periodismo que supo equilibrar con destreza sus dos grandes pasiones: la bicicleta y el periodismo. A lo largo de su carrera universitaria, vivió desafíos al tener que alternar sus entrenamientos intensivos con sus clases, muchas veces mientras representaba a Colombia en competencias internacionales. Las veces que tuvo que

viajar fuera del país, Sofía asumió el reto de cumplir con sus compromisos académicos de manera remota, demostrando una determinación y disciplina que la definen tanto dentro como fuera de las pistas.

“Entré un poco tarde a la Universidad,” recuerda con una sonrisa. “Cuando fue la Semana de inducción yo estaba compitiendo en el Mundial de BMX en Bélgica, entonces, cuando llegué a la Universidad mis compañeros ya habían empezado las clases”. Pero lejos de ser un obstáculo, este comienzo atípico marcó el inicio de una relación de apoyo mutuo con la institución. Sofía encontró en su alma máter un aliado que comprendía su situación y que se esforzó por darle el respaldo necesario.

Para Sofía, el apoyo de la Universidad y en especial de los directores de su programa fue fundamental. “Desde el principio, el director Jhon Mario Zuluaga conocía mi situación, sabía cómo iba a ser la dinámica con mis competencias y siempre me apoyó. Lo mismo ocurrió con la directora actual, Johanna García. En estos cinco años, nunca tuve problemas con los profesores, siempre se buscaron alternativas para que pudiera cumplir con mis deberes académicos sin afectar mis entrenamientos”.

Santiago, entre joyas y estudio

Santiago López estudia Ingeniería industrial, pero su vida universitaria va más allá de las aulas. Desde hace algún tiempo, Santiago encontró en el emprendimiento una forma de subsistir, de crecer, de desarrollarse en el competitivo mundo de los negocios. Su marca Tissú Accesorios, de bisutería de alta calidad, ha ganado reconocimiento en la ciudad, especialmente a través de redes sociales, donde ha sabido aprovechar su talento para crear y comercializar productos únicos. La Universidad, con su compromiso de apoyar a los emprendedores, le ha brindado a Santiago los espacios necesarios para que su negocio florezca.

“La Universidad Católica de Pereira me brindó un apoyo desde el programa de emprendimiento, aproximadamente hace uno o dos años, donde empezaron a brindarme espacios en ferias y capacitaciones”, comenta Santiago. “Además, los equipos de la Semana de Acción de Gracias me han permitido ser patrocinador, entonces he participado también en esa semana de fiestas con mi emprendimiento, sumando las facilidades que me brindaron para estudiar y trabajar”. Gracias a estas oportunidades, Santiago ha logrado atender su formación académica con su pasión por el emprendimiento.

**Danna Angarita
Condia**



Danna y Emanuel, más allá de la belleza y del ‘Parlache’

La Universidad Católica de Pereira es un mosaico en constante movimiento, un espacio donde entran y salen deportistas, artistas y personalidades que enriquecen el ambiente académico. En este lienzo diverso, aparecen Danna Angarita Condia y Emanuel Ocampo, estudiantes de Comunicación Social - Periodismo. Danna, con su elegancia, y Emanuel, con su alegría desbordante, son ejemplos vivos de la riqueza cultural de la Universidad.

Danna, modelo y reina de belleza, ha encontrado en La Católica un refugio donde ha forjado lazos de compañerismo que valora profundamente. “Lo que siempre voy a recordar son las amistades que he hecho, y también los distanciamientos con algunas personas, porque pues no todo tiene que ser color de rosa,” reflexiona.

“Siento que todo son experiencias, pero me quedo con lo bonito, con personas tan lindas, tan genuinas y tan únicas, que siempre me dan su apoyo incondicional.” En un entorno donde la apariencia podría eclipsar otros aspectos, Danna ha descubierto en el campus un lugar donde la empatía y el conocimiento son los verdaderos motores que impulsan su experiencia universitaria. Además, no pierde la oportunidad de agradecer a sus profesores, a quienes describe como “tesos” por su disposición para guiarla en su camino profesional, siempre con una palabra de aliento o un sabio consejo.

Por otro lado, Emanuel Ocampo es una chispa que ilumina. Apasionado por el mundo audiovisual, su energía contagiosa y su forma de hablar desenfadada, tipo ‘Parlache’, hacen que todos en la Universidad lo reconozcan y lo saluden con una sonrisa. “Pa’ mí ser parte del combo que construyó este libro de los 50 años ya es un reconocimiento grande,” dice con orgullo. “Yo paso por las oficinas de otras carreras y las secretarías me levantan la ceja a manera de saludo”.

Emanuel ha construido en la Universidad un escenario donde sus encuentros, incluso con figuras más formales como los sacerdotes, se transforman en momentos de risa y camaradería. Su habilidad para conectar con las personas, sin importar quiénes sean, hace que su presencia no pase desapercibida.

Danna y Emanuel, cada uno a su manera, representan las múltiples facetas de la vida en la Universidad Católica de Pereira. Son historias que, aunque diferentes, convergen en un mismo punto: la búsqueda de un espacio donde la autenticidad y lo humano son tan importantes como el conocimiento académico.



*Sor Diana
Salazar*

Sor Diana, un camino de fe y conocimiento

En el rostro de Sor Diana Salazar se dibuja la serenidad de quien ha encontrado su propósito en la vida, pero también la intensidad de aquel que se dedica a servir a otros. Con su hábito impecable, esta estudiante ha sabido combinar su vocación religiosa con sus estudios de psicología. Hace diez años, decidió consagrarse a Dios como Hija de la Caridad, y hoy, mientras culmina sus prácticas académicas, reflexiona sobre lo que ha sido este trasegar.

Sor Diana llegó a la Universidad Católica de Pereira en plena pandemia. A pesar de la incertidumbre que se sentía en el ambiente, se adaptó rápido a la dinámica universitaria. “Mis profesores se convirtieron en referentes de vida. Su calidad profesional sólo es superada por su humanidad y cercanía. Han sido ejemplos de dedicación, pero también de sencillez y empatía”, reconoce.

Su camino hacia la vida consagrada comenzó mucho antes, en un hogar católico donde la fe era sencilla, pero firme. Sin embargo, no fue hasta sus 17 años cuando experimentó lo que describe como “la presencia viva de Jesús, especialmente en la Eucaristía”. Ese encuentro transformador marcó el inicio de su vida espiritual más profunda, llevándola en 2014 a consagrarse a Dios. Desde entonces, ha encontrado en su relación con Él una fuente constante de felicidad y madurez.

Mientras transita sus últimos meses en la Universidad, Sor Diana sabe que su vocación va más allá del aula. Ve la Psicología como una herramienta para tender puentes, para conectar con los demás desde la empatía y la comprensión, una amalgama de espiritualidad y conocimiento.

Graduados de corazón, *de corazón católico*

La Universidad Católica de Pereira, en sus 50 años de historia, ha estado presente en la formación de miles de personas, contando a la fecha con más de 14.000 graduados. Cada uno ha dejado una huella en la institución, así como la institución ha dejado una huella indeleble en sus vidas. Se han establecido lazos fraternales que, en la mayoría de los casos, son inquebrantables. Más que estudiantes, se han convertido en hijos de un hogar que los acogió por varios años, entre cuadernos y tableros, y que los formó como profesionales y, aún más importante, como seres humanos.

Todos aquellos caminantes de los pasillos de la Universidad, visitantes asiduos del campus y portadores de la toga en el día de su graduación tienen una historia digna de ser contada. Hoy, en estas líneas, se muestran las historias de algunos, las cuales perfectamente podrían ser el reflejo de todos.



**Ángela
Montes Correa**



**Diana Carolina
Vélez Gil**



**Julio César
Manzano Sarmiento**



**Juan Francisco
Molina Moncada**

Administrando el alma

Ángela Montes llegó a la Universidad Católica Popular del Risaralda en 1991, con los sueños y las expectativas de quien quiere trascender. La antigua sede, en la carrera Cuarta, vio sus primeros pasos en la profesión de Administración de Empresas, un trayecto que culminó con orgullo en la nueva sede en 1996. En esos años, Ángela no sólo adquirió conocimientos, sino que forjó un vínculo profundo con la ciudad que la vio crecer académicamente, una conexión que la llevó a quedarse en Pereira.

Tras su graduación, Ángela asumió el desafío de liderar la dirección financiera de Coomeva, donde fortaleció sus habilidades en el mundo empresarial. Con el tiempo, encontró su lugar en Megacentro Pinares, donde se ha desempeñado como gerente durante casi siete años. Hoy, su trayectoria refleja el compromiso y la determinación que define a nuestros egresados.

“La Universidad siempre estuvo atenta a nuestra formación académica y de valores, gracias a ella desarrollé mi práctica en una empresa representativa de la región. No está de más decir que la Universidad siempre ha estado presente, en comunicación conmigo. Mi último empleo, por ejemplo, fue referido por la oficina de graduados”.

“La administración de empresas permite a quien la estudie desempeñarse en muchos ámbitos o ser un emprendedor exitoso. Yo he trabajado en los sectores financieros y salud, siempre destacándome por aquellas cosas que aprendí en mi Universidad”.

“Mi forma de ver la Universidad ha cambiado, claro, cómo no: cuando estudiaba era una institución pequeña, con pocas carreras, y ahora la veo como una institución grande y consolidada en nuestra región”.

“Institución donde se crece como persona y se prepara para ser el profesional que el país necesita”.

Un feliz sayonara

Ana María Osorio Correa estudió Administración de Empresas cuando todavía la Universidad tenía su sede en la carrera Cuarta. Comenzó sus estudios en 1990 y hoy lamenta, un poco, no haber podido dar algunos pasos como estudiante en la sede actual, aunque reconoce que vivió años maravillosos en esa vieja casa, un período que recuerda con nostalgia y cariño.

La vida la llevó a ser gerente de Sayonara, una de las cadenas de comida rápida más prestigiosas de la ciudad, un logro que habla de su dedicación y talento, cocinados en aquellas aulas antiguas en medio de una fraternidad imposible de olvidar.

“Hoy lo miro, obviamente, con mucha felicidad y tranquilidad: todas aquellas traspasadas y las cosas que pasamos, hoy las veo con una perspectiva de añoranza, de valorar esa época de aprendizaje constante, de descubrir cosas nuevas todos los días”.

“La carrera que estudié, como tiene tantos campos de aplicación, me ha ayudado en la estructura y a conseguir la gran mayoría de mis logros”.

“Sin lugar a duda volvería a estudiar en la Universidad Católica de Pereira, más ahora que nunca”.

“La Universidad facilita el desarrollo integral, así como habilidades personales y profesionales para la vida”.

Anclado a su hogar

Alejandro Toro también se graduó como administrador de empresas, en el 2003. En su paso por la Universidad, aprovechó para hacer un diplomado en Gerencia Estratégica de Mercadeo, en el 2002. Una experiencia académica muy enriquecedora que luego complementó con una Maestría en Administración de Empresas en la Broward International University de la Florida (Estados Unidos) y con un certificado como Consultor de Negocios Internacionales, certificado por Consul Group Miami.

A pesar de su amplia formación académica externa, el corazón de Alejandro sigue anclado a la Universidad Católica de Pereira, siendo tutor de prácticas profesionales por más de seis años. Actualmente, en medio de viajes y largos trayectos, se desempeña como consultor, inspirando a empresarios para que sus negocios sean más rentables y sostenibles, con una metodología certificada en los Estados Unidos. Hoy, cuenta con clientes en Colombia y en Norteamérica.

“La Universidad Católica logró diseñar e implementar un modelo único en la región, dónde pudo equilibrar la formación técnica profesional y la formación humanística de toda la comunidad; hoy en día continúa con el mismo espíritu de formación y eso se ve reflejado en los nuevos graduados”.

“Siempre me ha gustado servir con amor a todas las personas. En las posiciones gerenciales en las cuales he estado, he debido servir de faro organizacional, inspirando todos los días con el ejemplo”.

“La Universidad me formó para ser un buen profesional, mejor aún, para ser una buena persona. Del campus, me gustaba mucho la cafetería, para compartir con los amigos”.

Cuerpo y mente en La Católica

Diana Carolina Vélez Gil hizo parte de la primera promoción de graduados de Psicología, en el 2003. Diana lleva ya dos décadas en el campo de la gestión del talento humano y la salud ocupacional, ya que se dedicó a potenciar el bienestar laboral y la empleabilidad de las personas. A lo largo de 20 años, trabajó en diversas instituciones como bolsas de empleo, agencias públicas y programas gubernamentales, donde evaluó a más de 7000 personas, facilitando la colocación laboral de aproximadamente 1000 de ellas. Además, brindó servicios a más de 1000 empresas de diferentes tamaños y sectores.

Con un enfoque proactivo, Diana dedicó los últimos 10 años a asesorar de manera voluntaria a estudiantes y profesionales en temas relacionados con la empleabilidad. Su labor incluye ahora la realización de talleres en diversas universidades, entre ellas la Universidad Católica de Pereira. Desde hace seis años, se desempeña como consultora en seguridad y salud en el trabajo para la Gobernación de Risaralda, realizando intervenciones psicosociales individuales y grupales. Su trabajo se enfoca en la prevención y gestión de riesgos psicosociales en el entorno laboral, brindando acompañamiento a trabajadores que enfrentan situaciones de crisis o dificultades en sus relaciones laborales.

Paralelamente, Diana creó una marca personal en redes sociales, donde comparte contenido de valor sobre empleabilidad y desarrollo profesional.

“Cada vez que digo que soy graduada de la Universidad Católica de Pereira y que soy de la primera promoción de Psicología, eso toma peso en el medio profesional”.

“Extraño el ambiente universitario, las fiestas, mis compañeros. Fuimos muy juiciosos, académicamente hablando, pero también tuvimos lo que denominamos recocha. Tuvimos fiestas, fuimos muy animados. Extraño ese ambiente joven, relajado”.

“En la cafetería de sillas rojitas, me quedaría ahí. Recuerdo mucho unas arepitas que tenía la señora Albita, las papitas bogotanas, los mecaticos que había ahí. Recuerdo a mis compañeros, locos, recocheros, excelentes profesionales, psicólogos espectaculares”.

“Una universidad que me hace sentir en familia, que ha apoyado mi sueño con el emprendimiento Diana Vélez Empleabilidad. Significa respaldo, significa nombre, significa calidad”.

Arquitecto de un sueño

Para Julio César Manzano Sarmiento, la Universidad Católica de Pereira fue, en realidad, su segundo hogar. Graduado como arquitecto, recuerda esos años como una etapa crucial en la construcción de su vida profesional y personal. Allí absorbió el conocimiento de algunos de los profesionales más destacados de la región. Pero más allá de los libros y los planos, La Católica le ofreció algo que trascendió las aulas: una oportunidad para crecer y devolver algo de lo aprendido.

Tuvo el privilegio de trabajar en el mismo lugar donde se formó académicamente. La Universidad se convirtió en el escenario perfecto para explorar nuevas facetas de su carrera, como la investigación y la docencia, dos campos que amplificaron su visión del mundo y de la arquitectura misma. Además, decidió seguir profundizando su camino profesional a través de diversos posgrados en áreas ligadas a la arquitectura.

Como parte de su recorrido por la institución, el arquitecto Manzano trabajó en lo que entonces se conocía como el Centro de Extensión de Arquitectura y Diseño, una dependencia de Proyección Social. En este espacio pudo perfeccionar muchas cosas de su profesión, mientras aportó a las necesidades del entorno.

Sin embargo, el impacto de la Universidad en su vida no se limitó a lo profesional. Las semillas sembradas en las clases de Ética, Desarrollo Humano y demás espacios de formación integral calaron profundamente en su esencia.

“Recuerdo el sonido de la naturaleza cercana al campus y el murmullo del ambiente académico, los espacios para pensar y reflexionar en el quehacer”.

“La Universidad me ha permitido una estabilidad económica al tener unas buenas bases profesionales y morales, lo cual me ha posibilitado plantearme metas y proyectos a corto y mediano plazo, algunos ya realizados”.

“Un espacio que uno nunca olvida es la biblioteca Darío Castrillón Hoyos, un lugar muy amplio y especial, que refleja muy bien los ideales de la Universidad (abierto, plural, pensado para todos), con espacios y ambientes para pensar y construir conocimiento”.

Comunicando con bandera ‘católica’

Juan Francisco Molina Moncada llegó en 2010 a la Universidad Católica de Pereira a estudiar Comunicación Social – Periodismo, cargado de sueños. Desde el principio, supo que aquel sería un punto de partida hacia metas más grandes. En 2014, cuando apenas le faltaban unos meses para graduarse, comenzó a dar pasos firmes en el mundo profesional: en su último semestre, de prácticas, llegó a Semana, una de las revistas más prestigiosas del país. Aquella experiencia fue el preludio de lo que vendría.

Poco después, integró el área de comunicaciones de la Universidad Nacional. Sin embargo, su relación con Semana no tardó en retomarse. Volvió al medio, esta vez con un enfoque distinto: colaborar en la producción de revistas corporativas, como las de Avianca.

Tras dos años en esa etapa, Francisco decidió tomar un camino más libre y autónomo. En los últimos cinco años, le apostó al trabajo independiente, siendo una voz creativa detrás de Naranja Media, una productora especializada en podcasts. Desde allí, cuenta historias con profundidad y estilo, mientras combina su tiempo con proyectos freelance para diversas organizaciones, tanto nacionales como internacionales.

Hoy, además de su labor en Naranja Media, Francisco está vinculado a The Nature Conservancy, donde aporta su talento en comunicaciones y escribe artículos de opinión con un fuerte compromiso ambiental. Pero más allá de los logros profesionales, hay una pasión que nunca ha abandonado: el fútbol. Hace seis meses, junto a sus amigos, fundó Relatos de Gambeta, un canal que celebra las historias del deporte más amado, ese que late desde lo más profundo del corazón.

Francisco nunca olvida los años vividos en la Universidad ni la calidad humana de quienes lo rodearon, personas que él describe como mentes brillantes y corazones generosos, siempre dispuestas a aportar en grande.

“Resalto mucho la oportunidad de compartir con muy buenos compañeros, con muy buenos profesores, sin duda personas muy capaces. Me alegra mucho ver lo que ha crecido la Universidad en términos de infraestructura y espero que siga creciendo y ofreciéndole este tipo de espacios a los estudiantes. Hay mucho agradecimiento”.

“El periodismo ha sido un oficio que siempre ha estado muy presente, muy importante por el contrapeso que puede llegar a ser para la democracia, un periodismo, obviamente, hecho desde la independencia, desde la honestidad y también desde la calidad”.

“Yo mantenía mucho en la Cafetería Azul, era como el lugar en el que más compartía con mis amigos. Inmediatamente salíamos de clase, en los huecos, siempre estábamos ahí”.

Los Grisales, *una trilogía familiar*

Los pasillos de la Universidad Católica de Pereira han sido testigos de innumerables historias familiares: padres, hijos, hermanos, primos y sobrinos que han recorrido juntos este campus, un vínculo más allá de lo académico. Entre todas estas historias, hay una que destaca por su particularidad: la de tres hermanos que, en épocas distintas, tomaron la misma decisión, se enfrentaron a las mismas aulas y eligieron la misma carrera. La familia Grisales Vásquez es un testimonio vivo de la unión y la fortaleza que se construyen en la institución, así como de lo que popularmente se llama un recambio generacional.



**Salomé Grisales,
Juan Sebastián Grisales,
Julián Grisales**



El primero en abrir camino fue Juan Sebastián Grisales, quien en 2009 decidió ingresar al programa de Comunicación Social - Periodismo. Su elección, como la de muchos jóvenes, estuvo marcada por la incertidumbre: “todos entramos a Comunicación Social porque ninguno tenía muy claro qué quería hacer en la vida”, recuerda Julián Grisales, el hermano del medio, quien siguió los pasos de Juan Sebastián al año siguiente, casi como si se tratara de un destino inevitable.

La decisión de Julián fue más un salto a lo desconocido que una apuesta calculada, aunque le atraía la versatilidad del campo de acción de la carrera. Sin embargo,

pronto encontró su propio camino en el periodismo, un enfoque que marcó su paso por la Universidad y que define como el espíritu de aquella época: “cuanto estudié, el enfoque era infinitamente más periodístico. Básicamente toda la carrera estaba enfocada en el periodismo”.

La vida universitaria para Julián estaba llena de anécdotas que iban mucho más allá del aula. Los horarios interminables con huecos eternos entre clases lo llevaron, junto a un grupo de amigos, a convertir la Cafetería Azul y la plazoleta contigua en el centro de su universo: “antes los horarios eran muy descuadrados y yo vivía demasiado lejos. Entonces, con la otra gente que también vivía muy lejos, nos quedábamos todo el día ahí. Teníamos un minicasino montado. Jugábamos Uno, ajedrez, póker, parques, todo lo que se puedan imaginar”.

Entre risas y jocosidad, Julián, quién hace unos años ingresó a la planta de docentes catedráticos del programa de Comunicación Social – Periodismo, describe esos días como una mezcla perfecta de camaradería y creatividad, donde la Universidad no sólo era un espacio de aprendizaje, sino también de conexiones humanas.

En contraste, Juan Sebastián, el mayor, tenía un enfoque diferente. Mientras Julián disfrutaba del ‘parche’ en el campus, Juan Sebastián prefería la tranquilidad de su hogar: “mi hermano no era tanto de quedarse en la Universidad. Él estaba en sus clases y ya se iba para la casa. No sé, era diferente”, comenta Julián, destacando cómo cada uno vivió la experiencia universitaria a su manera.

Pasarían más de diez años antes de que la hermana menor, Salomé Grisales Vásquez, completara la trilogía. En 2022, Salomé decidió seguir los pasos de sus hermanos mayores, aunque su elección también estuvo influenciada por la duda inicial: yo escogí estudiar Comunicación Social – Periodismo porque, realmente, era de las opciones que había la que más me llamaba la atención. Además, tengo ciertos conocimientos porque mis dos hermanos mayores estudiaron la misma carrera”, explica.

Es casi como si las palabras de Salomé fueran un eco de las razones que llevaron a Juan Sebastián y Julián a elegir la misma ruta. Pero, al mismo tiempo, su perspectiva refleja una influencia generacional: la certeza de que la carrera era un terreno conocido, explorado previamente por sus hermanos, un camino seguro. “Me gustó mucho la idea de que se enfocara en cosas muy distintas, con muchos campos laborales en los que cada persona puede dedicarse según sus gustos”, recuerda Salomé.

Los Grisales Vásquez son más que tres nombres en una lista de estudiantes y graduados. Compartir la misma sangre y carrera no es sólo coincidencia, es un testimonio del ADN católico, ese que fortalece vínculos familiares mientras forma profesionales.

Administrativos

Desde *el alma*



Entre clases, oficinas y labores cotidianas, se comparten saludos y conversaciones con muchas personas. En esa rutina, hay rostros familiares: administrativos que realizan sus tareas con el alma. Detrás de cada saludo, de cada palabra, se esconde una historia. Son vidas dedicadas a construir, desde sus propias experiencias y con un profundo sentido de pertenencia, el espíritu de La Católica.

La generosidad de enseñar y aprender en La Católica

Eduardo Salazar llegó a la Universidad como profesor de Administración de Empresas, en el 2009, porque un amigo le comentó sobre una vacante. Y desde ahí, rápidamente, empezó a asumir nuevos retos en la institución, como, por ejemplo, tomar asignaturas en el programa de Mercadeo. Allí y allá, moviéndose entre programas y proyectos, se fue ganando su espacio en la comunidad universitaria, y más cuando en el 2019 fue nombrado docente de planta. Años después, con el sí que siempre tiene en su boca, aceptó la Dirección de Proyección Social y la Coordinación de la Maestría en Mercadeo. Ahora, cuando Eduardo habla de la Universidad, inevitablemente ve su propia vida de frente, pues “claramente ha habido un crecimiento como persona y como profesional. De verdad que soy muy feliz con lo que hago. En La Católica no sólo trabajo, sino que vivo”, no duda en asegurarlo.

“Yo creo que la Universidad es generosa como profesora, como jefe, como dueña de sus procesos, es generosa en su campus, en todo lo que da”, agrega. Con este sentir, que trasciende la enseñanza académica, deja claro lo que significa La Católica en su vida.

Cuando abre el álbum de experiencias rápidamente salta el recuerdo de la pandemia. “Nos citaron a un Lunes Institucional y nos dijeron que todos íbamos a dictar clases desde la casa. Fue una sorpresa porque no estábamos preparados para ello. Pero creo que lo hicimos muy bien, entre todos sacamos bien el proceso”. Para Eduardo, haber superado esta contingencia tan desafiante demuestra la capacidad de la Universidad para sobreponerse a la adversidad, fiel a su historia.

Un proyecto de vida en tiempos de cambio

El 2020 fue un año inesperado para todos. Mientras estudiantes, docentes y administrativos transformaban sus hogares en aulas y oficinas, mirando hacia un horizonte incierto por la pandemia, Viviana Ortíz se alistaba para asumir un reto inesperado que terminaría dándole un giro a su vida profesional.

Viviana llegó justo en ese periodo complejo, cuando la Universidad comenzaba a definir una nueva era digital. Su punto de entrada fue el Centro de Innovación Educativa, una dependencia joven, creada en 2019 con el propósito de guiar la transformación digital de la institución. Y así, como si el tiempo hubiera alineado sus pasos, su llegada coincidió con la aceleración de la virtualidad educativa que trajo la pandemia. “Yo llegué por una convocatoria que se abrió en el CIE como asesora pedagógica. En ese mismo año me ascendieron a la coordinación”, recuerda Viviana.

Ese nuevo cargo fue el verdadero punto de partida de una simbiosis con la Universidad, la cual la ha apoyado en su formación y estudios, mientras que ella retribuye en un apoyo constante a la transformación de La Católica.

Cuando se le pregunta sobre lo que representa la Universidad en su vida, su respuesta es clara: “es un proyecto de vida, porque yo llegué a La Católica siendo una persona y visionando mi mundo profesional de una manera, y aquí encontré mi vocación, encontré lo que a mí me gustaba”.

Del sí inesperado al compromiso de toda una vida

Ya han pasado más de 12 años desde que doña Marleny Serna cruzó las puertas de La Católica. El tiempo le ha dejado momentos que hoy recuerda con gratitud, como una colección de bendiciones que la vida y Dios le han regalado. Su historia, como casi siempre, empieza de manera sencilla, casi casual: “Dios me dio el regalo de entrar aquí a través de la doctora Diana Osorio. En aquel entonces, ella había sido nombrada Directora de Proyección Social, una dependencia que apenas empezaba. Recuerdo que me invitó a trabajar con ella, yo le dije que sí. Aunque fue algo inesperado

para mí, apareció como una bendición en ese momento, entonces le envié la hoja de vida y así fue como entré”.

Desde entonces, su historia en La Católica ha tenido varios capítulos importantes, pero uno ocupa un lugar especial en su memoria: su nombramiento como Secretaria de Rectoría. Recuerda esa etapa con una mezcla de sorpresa y emoción: “En ese momento, el Rector estaba realizando algunos cambios, y un día, sin esperarlo, crucé caminos con el padre Hernando, el capellán, y me dijo: ‘Marleny, tú vas para la Rectoría’.

No lo creí, de hecho, negué que eso fuera a pasar. Sentía que era un gran peso y, aunque me asustaba, efectivamente a los días me nombraron para la Rectoría. Lo asumí con valentía, y es algo que nunca olvidaré”.

Hoy, doña Marleny siente que el vínculo con la Universidad es fuerte y genuino. Prueba de ello es que tanto ella como su hija obtuvieron apoyo de La Católica para estudiar en esta alma máter; porque en este campus, como ella mismo lo reconoce, habita un sentido de humanidad genuino, una red invisible que impulsa y acompaña.

Un primer paso que se volvió vida

Hay quienes dicen que cada uno tiene su tiempo, pero para algunos, ese tiempo parece adelantarse. Es el caso de Jhoana Gómez, quien llegó a la Universidad Católica de Pereira siendo apenas una joven, aún sin imaginar que esa primera experiencia laboral era una especie de caja de sorpresas. “Yo llegué a la Universidad siendo muy joven, fue mi primer empleo,” recuerda Jhoana. “Vine por unos días sin contrato, sólo a prestar un servicio. Me pagaban por las horas que estaba aquí. Eso fue lo que me abrió la puerta para entrar de planta, y hoy, 22 años después, sigo aquí”.

La historia de Jhoana es la de una puerta que se abre en el momento preciso, de una oportunidad que, aunque en su momento parecía efímera, se convirtió en un punto de partida. “He estado en muchas áreas, muchas dependencias, y en cada una de ellas he aprendido muchísimo. La Universidad ha sido como mi segundo hogar, mi otra familia. Pasamos la mayor parte del tiempo aquí, compartiendo con los compañeros”.

**Eduardo
Salazar Hoyos**



**Viviana Lorena
Ortiz Villada**



**Marleny del
Socorro Serna
Sabogal**





*Jhoana Andrea
Gómez Rodríguez*



*Paola Andrea
Murillo Gaviria*



*María Paulina
Giraldo Giraldo*

A lo largo de los años, la institución ha impulsado su formación. “Gracias a la Universidad soy lo que soy como profesional”, dice Jhoana. “Los estudios que he podido realizar han sido gracias al impulso y apoyo de la Universidad. Para mí, ha sido esencial en el desarrollo de mi proyecto de vida”.

De hecho, su actual puesto como Coordinadora de Gestión de Talento Humano le ha dado la confianza y la capacidad para enfrentar retos que antes le parecían imposibles. “Siempre fui muy tímida y me costaba mucho interactuar. Pero estar en Talento Humano me ha permitido desarrollar habilidades que antes no tenía: hablar en público sin temor, poder decir los ‘no’ con empatía y lograr que las personas sientan que sus opiniones son escuchadas, que realmente me interesa lo que les sucede”.

Más allá de la práctica

Las prácticas académicas son, para muchos estudiantes, el primer contacto real con el mundo profesional. En ese momento, todo se pone a prueba: lo aprendido en las aulas, las expectativas, los miedos. Sin embargo, hay quienes, como Paola Murillo, descubren algo aún más grande que el conocimiento adquirido: una pasión que los acompaña por siempre.

Paola llegó a la Universidad Católica de Pereira en 2005. “Llegué como practicante del SENA. Aunque fui seleccionada por varias empresas, finalmente decidí venir aquí. Desde ese momento, no he dejado de estar aquí”, recuerda con una sonrisa que delata el cariño por un lugar que la ha visto crecer.

Desde su llegada, Paola ha experimentado un camino de constante evolución. Hoy, como Secretaria General de La Católica, siente que su dedicación ha dado frutos.

A lo largo de los años, han sido muchas las historias que ha vivido, pero hay una en particular que no olvida. Era su época como Secretaria de Rectoría, y un día, un hombre llegó sin identificarse, pidiendo hablar con el Rector. Paola, firme en su labor, le explicó

que necesitaba una cita. Ante su respuesta, el desconocido le dijo, en medio de una leve sonrisa: ‘¿usted no sabe quién soy yo?’. Paola, sin dudar, le contestó que no sabía quién era, pero que necesitaba una cita para ver al Rector”. Fue entonces cuando él le reveló su identidad: ‘soy el fundador de la Universidad, Monseñor Francisco Nel Jiménez’.

Esa experiencia marcó a Paola de una manera profunda. La importancia de conocer y valorar a las personas que han dejado una huella en la historia de la Universidad quedó en su memoria. Desde ese entonces, La Católica es la casa, su otra familia.

De aula a oficina

Paulina Giraldo tiene claro el papel que juega la Universidad Católica de Pereira en el desarrollo de los proyectos de vida de estudiantes, docentes, administrativos y colaboradores.

Desde que ingresó como estudiante de Administración de Empresas, su camino ha estado intrínsecamente vinculado a La Católica, donde no sólo realizó sus prácticas, sino que dio sus primeros pasos laborales como contratista. Con el tiempo, pasó por diversos departamentos como Prácticas Académicas, Proyección Social y la Dirección Administrativa y Financiera, donde está hoy.

En su época de estudiante, Paulina vivió en carne propia el espíritu de hermandad que caracteriza a la Universidad. Dos momentos, en particular, están en su memoria.

El primero tiene que ver con la Semana de Acción de Gracias, una celebración que siempre ha integrado a la comunidad universitaria. El segundo, con algo que se presentó en el 2011, cuando la Universidad pasó por una contingencia que llevó a la organización de un convite para recaudar fondos destinados a una remodelación. Ambos recuerdos reflejan la misma idea que hoy Paulina trata de potenciar: un espíritu de colaboración y trabajo que identifica a La Católica.



**Nelson Londoño
Pineda**

Vicerrector
Académico

**Toda una
vida** *al servicio de
la academia*

En los pasillos de la Universidad, su figura es una constante; Nelson Londoño Pineda camina con ese paso medido que parece no hacer ruido. No se le oye alzar la voz, no gesticula más de lo necesario; todo en él es preciso. Su silencio es profundo, pero quienes lo conocen bien saben que, detrás de esa calma, habita una mente que trabaja sin descanso, que no necesita el bullicio para liderar. Lleva más de tres décadas entre estas paredes, desde que llegó como estudiante del programa de Administración de Empresas hasta convertirse en uno de los pilares de la institución. Serio, reservado, ha forjado su camino fiel a los valores que defiende la universidad: la ética, el trabajo en equipo, la pasión por el conocimiento.

En 1982 inicia su camino en la institución luego de obtener una beca para estudiar cuando la Universidad estaba en la sede de La Cuarta. Recuerda con nostalgia aquel hogar, mucho más pequeño que el actual, pero que albergaba el mismo espíritu de hermandad que ha acompañado a La Católica desde su fundación. De hecho, Nelson cree que fue en dicha sede que la Universidad empezó a ser relevante para la ciudad porque “recuerdo que desde entonces la Semana de Acción de Gracias ya era un evento muy importante en el calendario. Especialmente evoco las comparsas en las que todos los estudiantes trabajábamos muy fuerte para realizar una presentación decorosa, pues desfilábamos por todo el centro. Recuerdo bien que esa parte de la ciudad se paralizaba por el desfile, lo que demostraba la notoriedad de la institución en Pereira”.

Si bien las comparsas no desfilan más por el centro, las generaciones siguientes han mantenido la tradición de organizarse para idear y materializar propuestas en el Desfile de cada año. Igualmente, dicha tradición permite mantener unida a la

comunidad universitaria, pues los docentes y graduados también participan activamente, como otrora lo hicieron las primeras generaciones de esta alma máter.

La trayectoria de Nelson lo avala como uno de los personajes que más conoce a la Universidad y lo que representa, pues, más allá de su etapa estudiantil, a lo largo de estos años, ha desempeñado diferentes cargos: desde la dirección de programas hasta la decanatura de la Facultad de Ciencias Económicas y Administrativas; de ahí, a la Vicerrectoría Académica. Su estilo de liderazgo es diferente; no le interesa ser el centro de atención ni busca reconocimiento. Lidera como quien escucha una melodía lenta, sin prisa, dando espacio a cada nota, a cada miembro del equipo, para que suene con la fuerza necesaria. En las reuniones, sus palabras son medidas, cada frase tiene un propósito. “Es un hombre íntegro”, dicen sus colegas, “alguien que siempre pone a la Universidad por encima de todo”.

Al lado de su tío, aprendió a amar los acordes que danzan entre géneros. La música como muchos lo saben es su gran pasión. Fuera de las aulas, lejos de los informes y las decisiones administrativas, se sumerge en melodías que le devuelven ese equilibrio, esa paz que transmite al caminar. No se limita a un solo estilo, como algunos creen; Nelson es un amante de la diversidad sonora, y tal vez eso lo ha hecho entender que, en el liderazgo, como en la música, cada pieza tiene su lugar, cada miembro del equipo su tono, y su trabajo es hacer que todo encaje en armonía.

Su vínculo con la Universidad es más que laboral; es visceral, como las raíces de un árbol que se entrelazan con la tierra que le da sustento. No es sólo un lugar donde trabaja; es su vida. Aquí ha dejado una parte de sí mismo, en los programas que ayudó a crear, en las decisiones que moldean el futuro de la institución, en los valores que siempre ha defendido con una discreción ejemplar. “No necesita hablar mucho”, dice uno de sus colegas más cercanos, “su trabajo y su compromiso lo dicen todo”.

Hoy, más de treinta años después, Nelson sigue caminando por los mismos pasillos, con la misma calma. Lo ven abstraído, quizás tarareando una melodía que sólo él escucha, mientras la universidad sigue su curso, creciendo, evolucionando. Su legado está en los actos que dicen más que cualquier palabra. Y, al final, es en ese equilibrio entre la música y la academia donde ha encontrado su lugar: un hombre que, como una sinfonía, construye desde las pausas, desde los momentos precisos, desde las notas que resuenan en todos los que lo rodean. Como diría Bunbury, él es el hombre delgado que no flaqueará jamás.



*Equipo de la
Vicerrectoría
Académica*





Jardín que adorna la plazoleta de Banderas, entre los bloques Aletheia y Kabai